

CELEBRACIÓN Y ACTO

José Pablo Rodríguez Tello

El segundo miércoles de agosto de 1973 se había celebrado mi quinto cumpleaños. Al día siguiente de la fiesta, el reloj había sonado más temprano que de costumbre. El invierno que se colaba por debajo de las puertas y por las hendiduras de las ventanas, me dejó más vivos los recuerdos de mi familia compartiendo inusualmente el desayuno con aroma de café con leche en taza grande y con la torta que había quedado del día anterior. En realidad, no había advertido que era tempranísimo, ni tampoco había imaginado que aquel día podía ser diferente; lo había asumido como un día más de clases. Ni siquiera cuando el guardapolvo había quedado colgado en la percha, pude darme cuenta de que aquel día era muy especial para mis padres.

Mamá había dispensado más cuidado en los preparativos de la mañana que el habitual. Primero peinó a Juan, mi hermano mayor, luego a Juana con trenzas y cintas celestes, y por último a mí con raya al estilo de Raúl Padovani. A papá le planchó la camisa la noche anterior y le lustró los zapatos durante el desayuno. Cuando por fin estábamos listos para partir, me obligaron a ponerme la bufanda de lana que me daba comezón, en cambio, a Juan sólo le bastó negarse y no le insistieron.

El 315 pasó por la esquina, sobre la angosta faja asfáltica de Maestro Ferreira; papá con un ademán le dio la señal de alto. Mamá, con Juana de una mano y conmigo de la otra, corrimos por la calle de tierra hasta el asfaltito donde el colectivo nos aguardaba. Subimos con los cachetes colorados de frío y en el primer descuido de mamá, me quité la bufanda que para entonces me había producido sarpullido.

Papá saludó a sus compañeros de la fábrica que venían en el colectivo acompañados también por sus familias. Se estrecharon las manos con cordialidad y las madres entibiaron la mañana helada con sonrisas tímidas. Los chicos, en cambio, nos quedamos callados observando el protocolo. Nos bajamos en la

cuadra anterior a la estación de San Miguel, sobre la misma plaza Faustino Sarmiento. Mamá sacó de la cartera un manojito de escarapelas y con orgullo nos colocó una a cada uno en la parte más alta de la solapa.

Las mujeres con los niños se agruparon en la calle lateral de la plaza, mientras que los hombres prestaron colaboración para el armado del escenario. Las comitivas que habían llegado desde lejos, estaban en pleno trabajo organizativo. Había banderas colgadas de los arboles que cruzaban las calles de lado a lado, altavoces potentísimos ubicados en los postes de luz destinados para los oradores. El gigantesco escenario tubular construido sobre la avenida Mitre modificó la circulación del tráfico; mientras que el palco de las autoridades provinciales daba la espalda al edificio de la Municipalidad. También se colocaron escudos y pancartas, y en sabanas enormes sostenidas por palos de los extremos, se pintaron consignas políticas.

A media mañana, ya acostumbrados al gentío que iba y venía y a los acoples de los parlantes, que todavía no funcionaban bien; nos invitaron con pan casero y mate cocido que estaba dispuesto en una olla inmensa. En una ordenada fila la gente se acercó y en jarritos enlozados nos sirvieron la infusión. Una señora gorda con un delantal rosado y de sonrisa amplia nos dio una “flautita” a cada uno; nadie se retiró sin dar las gracias.

Enseguida y con más ínfulas, seguimos corriendo y jugando con los chicos del colectivo que para entonces ya éramos grandes conocidos. Papá se reunió finalmente con mamá pasado el mediodía, nos besó, y poco a poco fuimos ocupando un sitio cercano al escenario. En un santiamén la plaza quedó atiborrada de cánticos, exclamaciones y por el redoble estruendoso de los bombos que animaba a los manifestantes a la espera. Una columna magnífica avanzó por la diagonal y ocupó el margen derecho frente al escenario. Me había resultado fascinante descubrir la multitud poseída y sentir la pasión del pueblo esperando ver reflejado en sus gobernantes su propia imagen. Pero nada sabía de fascinaciones hasta el mismo momento en que lo vi. El profuso clamor de la gente se intensificó cuando apareció la imagen de su líder, la imagen del hombre que les prodigaba trabajo a mis padres y a tantas familias iguales a las mía. Fue

consternador ver a hombres y mujeres derramando lágrimas de emoción; con mis cinco años no lo comprendí de ese modo, pero si puedo atestiguar el galope estremecido de mi corazón.

Un señor con un impecable traje descendió de un portentoso vehículo negro y en un abrir y cerrar de ojos se trasladó a la parte posterior del escenario. Se demoró un buen rato hablando con la gente que lo rodeaba; todos con escrupulosos trajes. Luego bajó una improvisada escalinata rodeado por sus guardianes para estrechar las manos con el público que lo aclamaba desde temprano. Los ojos incrédulos de sus seguidores no eran conscientes de que eran las manos del presidente las que estaban tocando: me refiero al presidente de la República, Juan Domingo Perón.

El estrépito fue tal, que él mismo presidente se emocionó. Juntó las manos y elevó los brazos en un efusivo abrazo con la muchedumbre, después dejó escapar una mirada breve al cielo.

El cuerpo de seguridad le cerró el paso obligándolo a subir al escenario, porque temieron que las vallas de contención no fueran lo suficientemente firmes. Fue allí cuando todo se produjo, apenas en unos segundos, los suficientes para que los días subsiguientes no fueran iguales.

El presidente Perón observó al gentío exaltado que rugía su nombre. Lo miré casi sin moverme cuando pasó por enfrente de mí. Una sonrisa se me dibujó en la cara, fue como si ya lo conociera desde antes. Se abrió paso entre los agentes de seguridad, estiró los brazos por encima del vallado, y al mismo tiempo copié su acción. Me tomó y me estrechó contra su pecho de mil amores, mientras que la única voz de los manifestantes repetía con gritos desesperados “¡Perón, Perón! ¡Que grande sos!”

Nos echamos a reír gustosamente y me besó en la mejilla. Mi madre estupefacta observó nuestra comunicación sencilla y desenvuelta. Luego me tomó de los brazos del General y me llenó la cara de besos. Mamá y papá reían sin poder creerlo; mis hermanos no comprendieron demasiado.

“En el multitudinario acto, en la localidad de San Miguel, Juan Domingo Perón besó emocionado a un niño”, rezaba el epígrafe del diario “La Prensa”, debajo de mi fotografía con Perón enmarcando el suceso.

El día siguiente al acto, fui el comentario del barrio entero y de la escuela. La gente venía a tocarme y a preguntarme qué había sentido. Hasta los parientes que nunca venían, llegaron desde lejos con la foto del diario en la mano y algunos me trajeron regalitos. Pasaron muchos días en que no dejaban de hacerme preguntas y mi madre de contar una y otra vez la historia de comienzo a fin.

A pesar del tiempo transcurrido, algunos recuerdos episódicos se modificaron, en cambio, otros perduran inalterables.

Ahora soy yo, quien no se cansa de contar a quien quiera escuchar, mi breve encuentro con Juan Domingo Perón.